

los que se quería perder, y no todos los presos por tal motivo salían del paso con tanta facilidad como la señorita Tiercelin. Entre las víctimas de esa táctica debemos también mencionar al desgraciado Héron, ingeniero-geógrafo, hombre de no vulgar talento, que había formado planes de todas clases, entre los que se contaban catorce de guerra subterránea, propuestos al duque de Choiseul, ministro de Luis XV. Como el ingeniero era pobre y no tenía quien lo recomendara, Choiseul desechó los planes sin leerlos siquiera.

Despreciado por quienes hubieran debido protegerlo, y después de agotar sus últimos recursos, se dirigió Héron al rey de Prusia para ofrecerle su trabajo. Federico no era capaz de desechar á ciegas una oferta de esa especie, y envió á Paris un oficial, sin mas objeto que el de examinar los planes y calificarlos. De vuelta en Prusia escribió ese oficial al ingeniero, que el rey le daría por ellos lo que pedía, con tal de que determinara á dos oficiales del cuerpo real de mineros de Francia, á pasar al servicio de Federico. Descubierta esta correspondencia, se aprehendió á Héron, en cuyo poder se encontraron otras cartas, que probaban que había vendido al rey de Dinamarca el modelo de una cureña de cañon de su caletre, y ofrecido diversos planes y descubrimientos á la Holanda y á la Austria. También se aprehendió al mismo tiempo á un secretario ingeniero llamado Décret, á su mujer, y á dos señoritas Lestiboudois, nombradas en la correspondencia. Estas no sufrieron mas que una detencion de pocos meses; pero el infeliz Héron no salió tan bien librado, pues poco faltó para que el negocio le costara la vida, como lo prueba la siguiente carta escrita á un amigo, la cual fué interceptada y encontrada en union de otras muchas en la escribanía de la Bastilla, cuando se tomó esta fortaleza en 1789.

“Decid á Mr. de La Vauguyon, que suplique al duque de Berry se eche á los piés del rey, y me reclame como ingeniero suyo, haciéndolo á escondidas del duque de Choiseul, hombre cruel, que quiere darme la muerte por haber querido yo sacar mis planes de Francia, lo cual es debido á su ignorancia y á su orgullo.

“Entiendo que el lunes se comenzará mi proceso, y no cabe duda en que se me sentenciará á perder la vida, pues una vez entregado al parlamento, nada me queda que esperar. Quédame sí un medio de escapar del verdugo, y lo emplearé.

“Si sabéis que se consigue mi indulto, venid el lunes entre ocho y nueve de la noche, por el lado en que están los inválidos de la puerta de San Antonio, y gritad *alleluya* cinco ó seis veces. En caso contrario, gritaréis cuatro ó cinco veces *adiós*, y dos dias después, iréis á mi entierro á San Pablo.”

Héron escapó de la muerte, porque se advirtió la odiosidad que reportarian los jueces, enviando al cadalso á un hombre cuyo crimen se reducía á haber querido vivir de su trabajo. En vez de juzgarlo, se le trasladó á Bicêtre, de donde no salió hasta diez y nueve años siete dias después de su encarcelamiento. Entónces fué á la Bastilla á reclamar sus planos que se habían depositado en la escribanía;

pero estaban ya tan podridos, que no formaban mas que una masa informe, que fué preciso tirar á la basura.

Un tal Camilo de Mercourt, aprehendido á consecuencia de una inculpacion igual, recibió todavía peor trato que Héron. La vida de Mercourt habia sido escesivamente tempestuosa: vamos á contarla superficialmente, tomando nuestras noticias de su causa, encontrada en la Bastilla.

Nacido en Besanzon, pasó á Paris despues de haber hecho una buena carrera escolástica, y entró de novicio en el convento de la plaza de las Victorias. Antes de seis meses lo apartó del santo camino que habia escogido, una linda jóven que vivia por allí. Mercourt, que era de pasiones fuertes, corre á casa del maestro de los novicios á esigir que le devuelvan sus vestidos de lego, despues de lo cual se dirige á la de un cuñado suyo residente en Paris, y no encontrándolo, abre un cajon y le hace un préstamo forzoso de cincuenta luises.

Miéntas duró el dinero, la jóven bonita fué fiel: gastado el último escudo, amor y jóven volaron. Mercourt regresó á Besanzon, y pintó con tan vivos colores al arzobispo los estraordinarios esfuerzos que habia hecho para salvar el alma de una pobre pecadora, y la valerosa resolucion con que lo habia abandonado todo por realizar esa buena obra, que el prelado, casi ciego, medio sordo y muy crédulo de suyo, le dió la tonsura con un beneficio de seiscientas libras.

Esta anécdota manifiesta en qué se empleaba gran parte de los inmensos bienes del clero. Con razon hay tanta gente honrada que echa ménos aquellos tiempos felices!

El jóven protegido del arzobispo vivia en casa de un boticario, á quien pagaba un tanto por habitacion y comida, y que era padre de una primorosa niña que pensaba en casar; pero al ir á verificarse los esponsales, resultó que la inocentita tenia mas necesidad de partera que de marido.

Miéntas se buscaba la esplicacion de este misterio, Mercourt, tirando la sotana, se enganchara en el regimiento de Limousin, en el que pronto se captó el afecto del marques de Bissy, que se lo llevó á Borgoña. Allí desbanca al marques con su querida, mata en desafio á un oficial de caballeria, y va á esconderse á Paris.

En esta capital siempre han hecho mal papel los que no tienen dinero, y Mercourt se encontró al llegar sin recurso chico ni grande. Abonase sin embargo en una fonda, dónde probablemente habria pasado sus trabajillos para pagar; pero despues de un almuerzo que dió á sus amigos, el fondista pretendió que habia desaparecido la mitad de su bajilla de plata, y se aprehendió á Mercourt.

El negocio tomó mal aspecto: nuestro aventurero pasó cuatro años en la cárcel, y corria gran riesgo de salir condenado á galeras, cuando consiguió hacer un agujero en el techo del cuarto en que estaba encerrado y fugarse por las azoteas.

Rara vez sucedia que Mercourt, jóven y buen mozo, no encontrara en circunstancias azarosas, alguna hembra de corazon tierno que lo sacara de apuros. Despues de la fuga mencionada, la marquesa de Beaufremont fué quien lo tuvo es-

condido durante un mes, prodigándole toda clase de dulces consuelos. Por desgracia no es posible permanecer siempre voluntariamente entre cuatro paredes, sea cual fuere la conducta que se observe, á lo que se agrega que el marques estaba á punto de separarse del ejército para volver á su casa. La compasiva marquesa tuvo que resignarse por consiguiente á ver partir á su protegido, que no podia quedarse en Francia sin correr peligros inminentes, y que se dirigió á Alemania. Llegado á Prusia sin gran dificultad, se engancho en el regimiento de Gromchant. Tres meses despues, el rey, á quien habia llamado la atencion en una parada por la regularidad y destreza de sus movimientos, lo nombró teniente. Sus ascensos fueron tan rápidos, que á los dos años era consejero de guerra.

Pero si las mugeres se inclinaban á socorrer á este insigne personage, tambien solian embarcarlo en asuntos desagradables. Mercourt se habia hecho amar de la sobrina del canceller, la cual estaba prometida á un oficial superior á quien no queria. Habitado á superar obstáculos, el ex-novicio recurrió al arbitrio mas espedito: provocó á su rival, lo atravesó de parte á parte, se robó á la jóven y desapareció. Iba ya á traspasar la frontera, cuando lo aprehendieron: se llevó á la hermosa fúgitiva al lado de su tio, y á él se le conducia por separado á Berlin, donde el rey, furioso con el escándalo, habia jurado mandarlo fusilar; pero llegado á pocas leguas de la capital, derriba á uno de sus vigilantes, lo desarma y toma las de villadiego.

Despues de otras varias aventuras de la propia calaña, vuelve á Paris y entra en relaciones con Le Normand, marido de Mad. de Pompadour, el cual le da un encargo para esa descarada Mesalina. Nuestro aventurero era jóven todavía, y tenia ese desparpajo que se contrae con una vida agitada, con el hábito del peligro y con la confianza en sí mismo. No necesitaba mas para ser bien recibido, y sin trabajo obtuvo para el marido de la marquesa, cuanto Le Normand pedia, y para sí mismo cuanto quiso. Pero era indispensable que se ocupara en algo, que no hiciera largas visitas á la favorita, y se le dió un empleo de los mas importantes en el ramo de hacienda.

La fortuna de Mercourt era considerable cuando la Pompadour murió. Aunque fué destituido, como ya se lo esperaba, no lo sintió mucho: el mal estuvo en que despues de quitarle su destino, se le quiso quitar tambien su dinero, para lo que se ocurrió al gran arbitrio de acusarlo de estar en correspondencia con el rey de Prusia, á quien habia servido en otro tiempo á la verdad; pero que mas ganas hubiera tenido de mandarle dar cinco balazos, que de escogerlo para agente suyo.

El 21 de Marzo de 1765 fué Mercourt aprehendido y encerrado en la Bastilla, donde hubiera podido hacerse dar buen trato á sus espensas, á no mediar el inconveniente de que, como lo que se intentaba era apoderarse de sus riquezas, no convenia que se arruinara, y por eso se fijaron sus gastos á razon de tres libras diarias, con lo que tenia seguros pan, agua y una sopa aguada dos veces

al día. En vano se valió de memoriales, súplicas, ruegos y otros medios equivalentes para conseguir que se le formara causa. Nada se le respondía, y solo de cuando en cuando se le insinuaba, por conducto del mayor ó del capellan, que su fortuna era algo escandalosa, y que el rey no podía prescindir de tal consideración, particularmente en una época en que eran grandes las escaseces del erario. Bien comprendía el preso lo que se quería; pero al envejecer, y sobre todo al enriquecer, se había vuelto avaro, y se resistía. La docilidad que mostraba no permitía meterlo á un calabozo, y mas cuando el ministro Phelipeaux, que era quien lo había mandado aprehender, no lo había dispuesto así. A falta de ese espediente se recurrió á otro, y so pretexto de que faltaba local en la Bastilla, se trasladó á Mercourt á Vincennes, donde murió diez años despues.

No se puede en verdad sostener que fuera un hombre apreciable; mas no por eso dejó de ser su muerte un horrible asesinato; y cuando se reflexiona que todos los viles cortesanos que rodeaban al monarca jugaban así con la vida y con la libertad de los ciudadanos; que blasonaban de ese poder; que hacian gala de su crueldad, de su infamia, trabajo cuesta creer que ménos de un siglo nos separe de esas saturnales, en que el fango vivo de los cortesanos se presentaba en toda su deformidad.

El negocio de los intendentes y administradores del Canadá, que data tambien de esa época, fuè de gran provecho para esas sanguijuelas, que habían imaginado echar otras en las prisiones de Estado, para saciarse indirectamente con los sudores y la sangre del pueblo.

El intendente de nuestras posesiones en el Canadá, era un tal Francisco Bigot, que había robado al erario con tanta audacia, y llevado á tal extremo sus esacciones y malversaciones, que se jactaba con descaro de ser mas rico que el rey, y de poder comprar un reino cuando se le antojara. Hubiera podido continuar atesorando mucho tiempo aún; pero su jactancia lo perdió: se husmeó un cuantioso botín, y se aprehendió á Bigot á fines del año de 1761, en union de veintidos administradores que habían estado á sus órdenes, cual mas cual ménos. Se metió á todos en la Bastilla. El proceso, comenzado en el acto, duró dos años, y concluido, no se pronunció la pena capital, limitándose el castigo al destierro de los mas culpables; mas las condenaciones pecuniarias no bajaron de veinte millones, condenándose á solo José Cadet, proveedor general de víveres en el Canadá, á la restitucion de seis millones, sin incluir las costas ni las multas. Cuando se le notificó el fallo en la cámara del consejo, interrumpió al escribano exclamando:

—No valia eso la pena de meter tanto ruido.

Pagó, salió de Francia, y vivió á lo príncipe en el extranjero.

Lo mismo sucedió con los otros, aunque si esas ricas aves consiguieron salir de la jaula, no fuè sin dejar ricas plumas en ella.

Todo iba bien hasta allí; pero al tratarse de distribuir esos despojos ópimos, estalló la guerra entre los pretendientes, á quienes costó trabajo entenderse. Ar-

reglados al fin, cada cual recibió su parte: tanto el consejero, que ningun participio había tenido en el negocio, y tanto los fiscales, que lo habían embrollado á las mil maravillas. Sartine puso el grito en el cielo, pretendiendo que á él se le debía exclusivamente el esclarecimiento de los hechos, y hubo que darle una pension de seis mil libras para que callara. El gobernador de la Bastilla sostuvo que á no ser por él nada se hubiera descubierto, y se le tapó la boca en iguales términos. Por último, tambien al mayor y á su ayudante les tocó algo del dinero, y todos, hasta los llaveros, participaron de la ganga.

Así se administraba justicia en esa monarquía tan alabada; pero el hecho relacionado no es mas que una gota de agua en ese oceano de iniquidades.

Hemos llegado ya á uno de esos acontecimientos que no pueden pasar desapercibidos, en el que no se trata del pueblo sumido en el marasmo á consecuencia de una espantosa opresion, ni de devoluciones escsigidas á traficantes que se burlan igualmente de los que roban y de aquel en cuyo nombre roban, sino por el contrario, de magistrados de alta categoría, que han resistido á la corrupcion, y que intentan oponerse á la invasion de esa plaga perenne que amenaza reducir á la sociedad á la nada.

En 1764 gemía la Bretaña bajo la administracion del duque de Aiguillon, gobernador de la provincia. Ese personage era uno de los mas viles y despreciables cortesanos de aquella época. Envanecido con su poder, lo empleaba con tiranía insoportable, y miéntras agobiaba á los infelices bretones con gravámenes y vejaciones de todo género, no consentía que se formulara la queja mas insignificante. Pródigo en demasía, no retrocedía ante ningun arbitrio para llenar sus cofres, que vaciaban sin cesar la prostitucion y el fausto de su casa.

Era entónces procurador general del parlamento de Bretaña Caradeuc de La Chalotais, el cual había obtenido para su hijo Ana-Raul la supervivencia de su cargo. La Chalotais era hombre de mucha capacidad y de una honradez á toda prueba, que se atrevió á hacer observaciones al gobernador, quien las recibió muy mal, y resolvió desembarazarse de aquel incómodo magistrado, que osaba tomar la defensa de sus compatriotas oprimidos. Para conseguirlo con mas facilidad, se hizo Aiguillon protector de los jesuitas que el parlamento atacaba. La lucha fuè acalorada; pero el parlamento de Bretaña no cejó, y á pedimento de La Chalotais, que había ecsaminado detenidamente y analizado la doctrina de la Compañía de Jesus, mandó que los miembros de ella salieran de la provincia y que se cerraran sus escuelas, ejemplo que no tardaron en seguir todos los demas parlamentos. Poco despues, y siempre á mocion de su procurador general, la propia corporacion rehusó registrar los edictos sobre contribuciones. Aiguillon entónces recurrió á la fuerza para cobrarlas, y habiendo protestado en vano el parlamento contra tal violencia, casi todos sus miembros dieron su dimision. La Chalotais, su hijo y diez consejeros fueron los únicos que permanecieron en sus puestos, resueltos á hacer frente á la borrasca que se preparaba.

Aiguillon escribió al punto á la corte para denunciar un supuesto complot,

que tendia á sublevar la Bretaña, y del que eran gefes La Chalotais y su hijo. Envíansele las órdenes que solicita para contener la rebelion, y cumpliéndolas sin tardanza, manda soldados en la noche del 11 de Noviembre de 1785 á la casa de La Chalotais. Aprehendidos padre é hijo, se les saca sin permitirles que lleven ni lo mas preciso, ni que reciban los abrazos de su familia, y se les arrastra al castillo de Toro, á tres leguas en la mar, donde no se relegaba, dice La Chalotais, sino á gente de saco y cuerda.

Al cabo de un mes se traslada á los presos al castillo de San Malo, y se les mete en calabozos separados. Sin fruto pide el padre que se le permita escribir: niégansele plumas, tinta y papel. El digno magistrado no se desalienta: recoge el papel en que van envueltos la azúcar y el chocolate que le llevan: convierte en pluma un limpiadientes que se encuentra en la bolsa: deslie sebo con vinagre y azúcar para fabricar tinta; y sin otros recursos, escribe sucesivamente dos largos memoriales, que se conservan como monumentos de elocuencia y energía.

« Creed, » escribia poco despues Voltaire, « que me ha hervido la sangre al leer los memoriales escritos con un limpiadientes, el cual graba para la inmortalidad. Ay del no que se acalore al leerlos! Pero la desgracia de los *atenienses* estriba en ser cobardes. Gimen y callan: cenan y olvidan. » Ningun cargo especial se habia formulado contra La Chalotais, su hijo y otras veintidos personas complicadas en la acusacion, y á fin de subsanar esta irregularidad, se inculpó al procurador general de haber formado un complot con el conde de Kerguezec, en casa de la marquesa de La Roche, ó sea en el castillo de Beauchet, contra los intereses del rey: de haber escrito y enviado al ministro San Florentin billetes anónimos, injuriosos á la persona del monarca: de haber mantenido correspondencias clandestinas para provocar la resistencia á la voluntad real; y por último, de haber circulado en el público libelos, así en prosa como en verso, y grabados ofensivos á la autoridad soberana.

Para conocer del negocio, se nombró una comision compuesta de doce miembros, entre los que figuraba Calonne, procurador general en el parlamento de Douai, el cual estaba encargado de ejercer las propias funciones en esta causa. La Chalotais, que era personalmente conocido de Calonne, se regocijó al principio de este nombramiento; pero poco tardó en conocer á fondo al hombre. Dejemos hablar al mismo La Chalotais.

« Cuando supe que Mr. de Calonne estaba nombrado representante de la vinda pública en nuestra causa, lo celebré mucho, en la firme persuasion de que estaria muy dispuesto á hacer justicia á mis sentimientos, que le eran perfectamente conocidos. Al volver del castillo de Toro por Navidad, le rogué que pasara á mi prision, que era el convento de Franciscanos de Rennes, á lo que no accedió. Llegado á San Malo á fines de Enero con la comision, un día que comia en el castillo con el teniente del rey, le rogué de nuevo que no dejara de verme, y así lo verificó. Ah! confieso que no conocí al procurador general de Douai, que habia visto en Versailles. Encontré un hombre subido en

